

## VI

Apoyada en su dama de compañía, ganaba despacio la condesa el agrio repecho que conduce al castillo de los Enriquez.

No por cansancio era la lentitud. Era por evocación de recuerdos, que suave y dulcemente conmovían el alma de la vieja señora. A compás del alma iban los pasos.

¡Los Enriquez!... ¡Noble y dura raza, engendada, sobre una hembra incógnita, por aquel bastardo de Alfonso XI, muerto á mazazos en el alcázar de Sevilla! De este Fadrique y de una dama, cuyo nombre ocultara el infante—por muy alto quizá—nació Alfonso Enriquez, fundador de la casa, gran almirante de Castilla, bravo peleador en guerras, diestro cortesano en la paz y no perezoso en el matrimonio, pues hubo doce hijos entre hombres y varones. Por uno de ellos vino al mundo el rey Fernando V.

De reyes por ambas líneas venía también el fundador. Gran celo puso don Fadrique en esconder la madre de su hijo, pero no tanto á evitar que don Pedro I de Castilla machacara al maestre los sesos á

réditos del anticipo que, según crónicas, se tomó en doña Blanca.

Siendo ello así, en la irrupción bárbara tenía su raigambre el secular tronco de los Enriquez. Jefes godos y francos fueron sus ascendientes; soldados de Meroveo y de Ataulfo que vinieron del Norte, puestos en la Roma cesariana los claros y feroces ojos de halcón.

Hartos de sangre y oro, construyeron nidales para esconder su hembra y su botín. Torres chatas fueron los nidos. Desde ellas caían los rapaces guerreros sobre la tierra llana y á ellas tornaban con la espada roja hasta el puño y la presa á lomos de los siervos. Ya viejos, vueltas blancas las cabelleras por la edad, débiles los ojos, más débil el brazo de hierro, asomáronse por última vez á las almenas de sus torres, apoyados en hombros de sus crías, "Esta es mi espada; aquellas mis tierras—les dijeron.—Esgrimid la una; ensanchad las otras.—Y envolviéndose en las cabelleras de nieve, como en un sudario de plata, murieron dando vista al Norte, á la gran selva paternal.

Las crías, abierto el pico, tendidas las alas, prevenido el garraje, se lanzaron á la conquista. Con la cruz de Cristo en el pecho y el hacha homicida en el puño, derramando, sin regateos, la sangre propia y la del prójimo, ganaron, generación tras generación, títulos y riquezas y honores. Ya no podían abarcar desde sus torres los extensos dominios. Coronas ducales y condales remataban el antes liso escudo. Llenábase éste de empresas y cuarteles. Volvíanse las torres chatas arrogantes castillos. Temblaban

reyes y emperadores al empuje de los soberanos feudales. Era el mundo campo de batalla. Las crías del bárbaro invasor, los halcones de raza, giraban unos en torno de otros, garreándose, picoteándose, disputándose fieramente las presas, sin que hubiera padre para hijo, hijo para padre, hermano para hermano... Alguna vez cambiaban sus rudos aletazos de combatientes, en vuelo suave de amadores. En uno de estos vuelos topóse el halcón castellano con la garza real francesa. El graznido se tornó arrullo y nació Alfonso Enriquez.

Nació para continuar la historia de su raza, para añadir nuevos motes y flamantes cuarteles al viejo escudo de los padres. "Dios, mi rey, mi dama,, era la divisa de los antiguos nobles. En alto la llevaron siempre, con sus hazañas, los Enriquez.

Granada vió entrar á un Enríquez por sus rendidas puertas. Otro Enríquez, que, de pendenciero y entrampado, no cabía dentro de España, siguió al Genovés en su aventura. Enríquez fueron á Italia con Gonzalo de Córdoba, á Méjico con Hernán Cortés, al Perú con Pizarro y Almagro, á Túnez y á Pavía con Carlos V, á San Quintín y á Flandes con Saboya y con Alba... En todas partes hicieron planta de héroes. La gloria iba con ellos. Cada uno de ellos escribió con sangre de árabes, de turcos, de franceses, de holandeses, de americanos, de italianos, de belgas, una página esplendorosa en la crónica familiar.

¡Ah, la vieja torre de los abuelos, convertida en castillo!... Inútil fué levantar sus cubos hasta muy cerca de las nubes. Desde el cubo más alto no se al-

cazaban los dominios todos que señorearon los Enríquez. Primeros entre los primeros de aquella monarquía española donde no se ponía el sol, comparieron el mote de sus reyes. Olvidada fué entre los riscos, la torre chata, el áspero nidial que relumbra en los crepúsculos como una armadura salpicada de sangre.

Pero no olvidaron la divisa de los antiguos nobles; le permanecieron leales: y cuando vino para España y para ellos la hora del ocaso, fueron á él poco á poco, resistiéndose tercamente, disputando, palmo á palmo, el terreno. Aún ostentaron resplandores gloriosos, muriendo como buenos en Lens y en Rocroy; entrando vencedores con Spínola en Breda; defendiendo la corona del primer Borbón en Montesa y Almansa, cayendo con el alma en pie en las aguas de Trafalgar.

No claudicaron, no desfallecieron en la mala fortuna. Altivos é indomables la supieron dar rostro. Arrogancia estéril. Sonaba la hora de los nobles. El zarpazo de la revolución francesa alcanzó á todas partes, y los Enríquez, envueltos en la sacudida épica, cayeron de golpe contra una nueva sociedad.

Había que someterse á ella, so pena de perderlo todo; el rango y los caudales. ¡Ay de los halcones de raza que se negaran á cambiar de atmósfera y de pluma!... Tendrían que volver á los riscos de donde salieron y morir allí tristemente, pobremente, olvidados, abandonados, dejando enmohecer en la soledad el pico y las garras inútiles.

Los marqueses de Cazorla no aceptaron el imperativo de los tiempos. Bajo las banderas carlistas

riñeron su último combate. Al presente vivían encerrados en su castillo. Era éste un glorioso montón de ruinas, del que sólo restaba en pie la primitiva fábrica, un torreón chato, de románica arquitectura.

En las noches claras de luna relucía sobre el portón, el escudo señorial, sostenido por un milano y festoneado con esta empresa: MORÍ; NO CEJÉ.

Sentada encima de una roca, dando espaldas al sol, que reflejaba en la torre vetusta, leía doña Leonor la empresa de los descendientes de Alfonso XI.

No mentía la empresa. Los Enríquez murieron sin cejar. No hicieron corte á los reyes constitucionales. No se acomodaron á las exigencias de su época. Llevóse el viento de la desgracia sus dominios; pero no arrastró sus energías y altiveces. Con los últimos tercios castellanos protegió un marqués de Cazorla, padre del actual, la fuga de Carlos VII á Francia. Después rompió la espada y se aisló fieramente en su torre. Hizo de la ruina vivienda, y la habitó con su esposa y con su hijo. Hurafío, silencioso vivía, crecida hasta el pecho la barba y hasta el hombro la cabellera, recortada en cuadro sobre los claros y feroces ojos de halcón. A la hora de morir, murió dando la cara al Norte. Tal vez, durante la agonía, resucitó en su espíritu el abuelo bárbaro y llevó las pupilas del nieto hacia el Septentrión, á la vieja selva paternal.

¿Cómo la recibirían Isabel y Fernando?

Tal pregunta retenía á la condesa sobre la roca donde asentaba el torreón.

Cierto que ella también pertenecía á la antigua raza; que su marido peleó con don Pedro Enríquez

bajo la bandera carlista; que, como él, aceptó la ruina antes que ceder á exigencias de su época y hacer corte á reyes constitucionales.

Pero, ¿y luego? Ya sabrían en el castillo las flaquezas de Alberto; su venta al oro de un patán; y sabrían que ella, fuera por lo que fuera, había aceptado, pactado, consagrado la venta.

Tentada estuvo de desandar lo andado sin ver á Isabel, á la compañera de infancia y juventud.

—No. Isabel era la bondad misma; Isabel comprendería el sacrificio que realizaba Leonor. No se iría sin ver á Isabel, sin darle un abrazo, sin respirar en aquel castillo, acaso por vez última, una bocanada de su aire.

La condesa se puso en pie, avanzó hasta la puerta é hizo sonar el aldabón. Se oyeron pasos dentro, y un viejo criado, inclinándose ante la dama, luego de oír su nombre, la condujo por una escalera de retorcido caracol, á la habitación central de la torre.

—Voy á dar aviso á la señora—murmuró el servidor—Tenga vucencia la bondad de aguardar.

Era el salón octógono, con desnuda y alta techumbre de granito. De ella caían, adornando los muros, tapices flamencos y españoles, ya viejos y deshilachados, perdidos, por obra del tiempo, las maravillas del color. Al fondo asentaba un estrado y sobre el estrado un dosel. Bajo éste lucía un sitial gótico las sobriedades de su talla. Al fondo avanzaba la chimenea, de ciclópea arquitectura. Dos hércules, encorvados, apoyados trabajosamente en las clavas, eran sostén de la campana. Ocho armaduras se erguían en los ángulos de octógono. Cada una de ellas

resucitaba un siglo. Cubierto por cada una de ellas había peleado un Enríquez. Las divisorias de tapiz á tapiz se señalaban con trofeos. Entre las dos ojivas que enlucían la estancia, veíase un trofeo, compuesto solamente de espadas.

Eran las espadas de los grandes hombres de la estirpe. En la empuñadura de cada una resplandecía, grabado á fuego, un nombre.

*El Salado*, decía en la empuñadura del mandoble, que esgrimió Alfonso XI junto al río andaluz: *Jumilla*, en la espada de Don Fadrique. *Gibraltar*, en la del Almirante. *Granada*, en la del Enríquez sitiador. Así proseguía el desfile de hierros y de nombres famosos: *Cerinola*, *Pavía*, *Otumba*, *Lepanto*, *San Quintín*, *Amberes*, *Breda*, *Almansa*, *Trafalgar*, *Bailén*... Sobre el puño de una moderna hoja toledana se leía este nombre: *Estella*. Era la espada del último difunto marqués.

El ayer revivía en aquel octógono, adornado con tapices guerreros, con caballerescas armaduras, con lanzas y escudos refulgentes. Era el espíritu del ayer el que temblaba en el aire, bajo la desnuda bóveda de granito; el que descendía en partículas microscópicas desde el amplio dosel; el que hacía recrutar las tallas del gótico sitial; el que chirriaba en los cueros del sillónaje; el que zumbaba en la campana de la chimenea ciclópea; el que cernían las ojivas en lluvia menudísima de oro sobre el cofre medievo, guardador de la ejecutoria, arca santa de los Enríquez, sostenida por dos horquillones de bronce.

La decoración del pasado estaba completa. Echábase menos la humana figura, por cuya virtud el pa-

sado, tomando carne y voz, se trocara en realidad.

La figura vino, mejor dicho, surgió por la abertura de un tapiz, pálida y austera, encuadrados los cabellos blancos por una toca de encaje malinés, ceñido el cuerpo por liso ropón gris de anchas mangas. Del cordón, anudado al talle de la túnica, pendía un limosnero; de la cadenilla, que por la pechera descolgaba, una cruz de oro mate. Aquella dama, remembradora en rostro y vestimenta de las castellanas antiguas, era la marquesa viuda de Cazorla, Doña Isabel de Castro.

No hubo entre ellas palabras de salutación. Unieronse en estrecho abrazo y se dejaron caer juntas sobre unos árabes cojines, que oyeron lamentos cobardes de Moráima é imprecaciones arrogantes de Aixa.

— ¡Lo sabes! ¿Verdad que lo sabes? — exclamaba doña Leonor, apretando las manos de su amiga. — No tengo la culpa. Por mí... ¡Ah, por mí!... ¡Si vieras lo que he sufrido ayer, entre aquella gentuza! Momento hubo en que estuve para levantarme y coger á Alberto de un brazo y gritarle: "¡Vamos, hijo, vamos! Mejor es pedir limosna de cobre, yendo de puerta en puerta, que recibirla de oro, entroncando con tal canalla." Lo hubiera hecho, lo haría. Si yo fuera sola, lo haría.

— Te creo, Leonor. Te trato desde que éramos niñas; sé lo que vales y lo que eres capaz de hacer. Debes sufrir mucho.

— Horriblemente... ¿Qué hacerle? Ya conoces á Alberto. Ha derrochado lo poco que teníamos, desacreditándose entre sus amigos, estando á punto de per-

der la fama en operaciones vergonzosas de usura. Para él, la pobreza, no sólo sería la pobreza, sería la deshonra. ¿Comprendes?

— Comprendo, y lloro contigo, Leonor. Haces bien en salvarle. Su madre eres y como tal cumples.

— Cumplo, á costa de años enteros de mi vida. Acaso la vida entera me signifique este dolor. Pero ¿á qué hablarte de él? Hablemos de algo que te será más grato: de tu hijo.

— ¿Fernando? No tardará en llegar. De caza anda por esas breñas. Aquí vive, tan aislado, tan retraído como yo.

— ¿Por una temporada?

— Por siempre.

— ¿Por siempre?... Es muy joven. A los treinta y cinco años los hombres no se entierran.

— Eso le digo yo. Pero, á buen seguro, no cambiará de parecer. Vino hace diez años totalmente desencantado, asegurándome que los hombres como él, no tenían sitio en este mundo de hoy; que prefería vivir solo, encerrado como una alimaña en su torre, á sufrir nuevos desengaños de la realidad.

E Isabel contaba con altiva tristeza la decepción de su hijo, del mozo arrogante que salió de su torre feudal con el puro y santo amor del rey legítimo en el alma.

Primero, la visita á su desterrado monarca; el solemne encuentro con la encarnación de su dogma. Le llevaba el saludo de un viejo caudillo muerto y la vida del caudillo joven. Aquel mozo, educado solitariamente por su padre en el amor del Rey, se presentó ante Carlos VII, como debieron presentarse

ante Carlomagno los caballeros de la Tabla Redonda, ofreciéndose enteros, sin regatear la sangre, ni la dicha, ni el oro.

El *legítimo* recibióle cortés y afablemente, más en amigo que en monarca, con una semisonrisa en los gruesos y desprendidos labios, con un rayo de gratitud en las negras y cansadas pupilas.

— ¡El marqués de Cazorla! ¡El bravo y leal Pedro Enríquez!... ¡Un león!... ¡Que lo preguntaran á Montejurra, á San Pedro Abanto, á Estella, á Navarra, al señorío de Vizcaya!...

— No había piedra allí sin hazaña del buen Enríquez. Era un perfecto caballero. El primero en defenderle; el último en abandonarle. ¡Ay, si hubiera muchos como aquél! Aun podría volverse á los grandes tiempos. Pero... No es que falten leales—añadía, deteniendo con sus palabras el asombro estereotipado en el rostro del joven.—Existen, existen... Aquí estás, para demostrarlo. Sólo que—continuaba—para ir nuevamente á la lucha, conviene andar sobre seguro. No puedo verter sin provecho la sangre de los míos. Mis responsabilidades son graves. Veremos, veremos. Claro que, para ese día, cuento contigo. Ponte, cuando vayas á Madrid, en contacto con X.; obedece sus indicaciones. Él te aconsejará. ¡Ojalá pronto podamos entrar vencedores por mi España, de donde salimos, no derrotados, traicionados. ¡Anda con Dios, anda con Dios!—Y despedía paternalmente al mozo, dejando ver en sus ojos lánguidos una expresión honda de cansancio, un desplome absoluto de la voluntad, un claro deseo de que le dejaran tranquilo y no turbaran su quietud.

No era aquel rey que, al hablar, encogía inconscientemente los hombros, el reverenciado, junto al padre muerto, en el salón octógono, entre los tapices marciales, á la lumbre de la chimenea ciclópea. Pintábalo el padre tal como le dejó en los límites de la tierra española: vigoroso, atrevido, pronto á esgrimir la espada, á jugar de un golpe la existencia. Fernando le vió siempre así, reflejado por el espejo de la memoria paternal, con sus barbas negras, con sus ojos audaces, con su apostura varonil; la boína, con ancho borlón de oro, caída sobre las cejas; la diestra, empuñando el acero; la siniestra manejando el rendaje de un potro. Hasta el ser mujeriego y no reparar en casta de hembra, cuando llegaba la del goce, hacíasele más simpático. Así eran los antiguos monarcas. Dijéralo, si no, Alfonso XI, el abuelo de los Enríquez. Por docenas las tuvo, y ello no impidió que peleara como un tigre en las orillas del Salado, que ganara heroicamente Algeciras, que arrostrara la peste, para morir de ella, mejor que abandonarlos, en los muros de Gibraltar.

¡Qué diferencia entre el rey descrito por su padre en las veladas de la torre, y el que Fernando saludó en el italiano país!...

Nada había que esperar de éste. No sería él quien, por su propia voluntad, emprendiese otra vez la aventura. Si no abdicaba, si no renunciaba á sus derechos, era por el buen parecer, por el respeto de sí mismo. ¿Por lo demás?... Claramente advirtió Fernando en las medias palabras, en la sonrisa escéptica del Señor, que había perdido toda confianza en la causa, en los suyos y en él.

No importaba. Contra los deseos del rey, si ello era necesario, había que jugar el envite. No era la primera vez que ocurría; llena de ejemplos se encontraba la historia. Reyes apáticos, indolentes, sin prestigio y sin cetro, habían sido restaurados por el esfuerzo de sus nobles. Estos pelearon, no por el hombre, por la causa; y cuando la causa triunfó, sentaron al hombre en el trono. Así debían hacer ahora. El lo intentaría; hablaría con los prohombres, con los caudillos viejos; llevaría el convencimiento á sus ánimos, el entusiasmo á sus espíritus. Cuando llegó á Madrid, creíase capaz de realizar la obra.

Los prohombres y los viejos caudillos escucharon al marqués de Cazorla entre asombrados y burlones. ¡Intentar la aventura!... ¡Ojalá! ¿Pero dónde había dinero y gente? Además, el rey no quería. Contra las órdenes del rey, fuera desacato ir.

Así le hablaron casi todos. Algunos, los más viejos, los compañeros de su padre, le escuchaban cerrando los puños y maldiciendo sordamente — “¡Ah, por ellos, lo que es por ellos, al instante! Aún podían esgrimir las espadas; aún tenían sangre que ofrecer al Señor. Ellos estaban arruinados. Los ricos, los poderosos del partido, no arriesgarían un ochavo. Marchaban muy á gusto dándoselas de esquivos y de incorruptibles en sus magníficos palacios, sacando á su oro beneficios en empresas bursátiles, en tratos de comercio é industria. ¡A seguida arriesgaban éstos sus millones en la restauración! Seguían aparentando odio al monarca constitucional, desprecio por las nuevas ideas; pero en el fondo

les tenían las viejas perfectamente sin cuidado. Algunos, gruñendo en voz alta, se regocijaban, *in pectore*, de ver á sus hijos dar espalda al “legítimo,” y hacerse cortesanos del usurpador. Quizá bajo cuerda favorecían el cambio de postura.”

— “¡Los políticos de la causa! Andaban muy á gusto, en las Cámaras, pronunciando discursos; fuera de ellas, cobrando sueldos de consejeros, acreditando sus bufetes con la influencia que les daban sus investiduras. Como acibar tragaron el retraimiento y la rebelión. Un discurso de aparato al abrirse las Cortes; otro en el banquete anual para celebrar el santo del Señor; luego á sus negocios, á sus pleitos, á sus consejerías, á su vivir cómodo, libre de peligros y de persecuciones.»

— “Con la plana mayor del partido no podía contarse. Los que querían no podían, los que podían no querían. La juventud... La juventud noble iba abandonando el partido á racimos, acomodándose á los tiempos, transigiendo. Los ricos se acercaban al trono para lucir bandas y cruces y bordados; los pobres para que el trono les brindara rayos de favor con los cuales deslumbraban á las burguesas potentadas, á las hijas de banqueros, comerciantes y agiotistas, y casaban con ellas y rehacían sus fortunas. Era el desquiciamiento, la descomposición final; el deshielo bajando en arroyos cenagosos desde las cumbres.

¡Y pensar que abajo, en el pueblo, en los rincones del Maestrazgo, de Navarra, del señorío de Vizcaya, de la vieja y noble Castilla, aún vivía gente, mucha gente, pronta á empuñar el fusil y calarse la

boína!... Pero aquella gente era pobre y humilde. Precisaba dinero y autoridad para levantarla. El dinero se retraía. Las autoridades de la causa no estaban por zarandear los cuerpos en vericuetos y montañas y atajos. ¡Nada, que se acabó!... Y los viejos caudillos, contemplando al joven marqués con ojos húmedos, relampagueantes de pena, se mordían los puños y golpeaban el suelo con los cuentos de sus bastones.

— Pues bien, á los del campo acudiría. No dijera nadie que Fernando Enríquez, el último marqués de Cazorla, había regateado esfuerzos á la divisa de los antiguos nobles, glosada actualmente con el "Dios, Patria y Rey.". Iría por valles y montañas, por derrumbaderos y cumbres, alentando á los débiles, reuniendo á los bravos, concitando á todos, para que empuñasen las armas y restauraran al rey legítimo en su trono.

Malbarató, para convertirlos en moneda, los pingajos de su fortuna, y emprendió la cruzada. Los viejos caudillos también se equivocaron. Cierta que en Vizcaya, en Navarra, en el Maestrazgo, en los rincones de Aragón y Castilla quedaba la exterioridad de la causa; la esencia, la medula, habían desaparecido.

De palabra, aún restaban carlistas; de acción, pocos; y éstos, viejos, inútiles en su mayor parte. Los jóvenes se acomodaban á los tiempos en la montaña y en el llano, igual que en las ciudades. No estaban por coger el fusil. Los no indiferentes respiraban otras atmósferas; atmósferas de taller y de fábrica, donde se predicaba la guerra contra políticos y mercachi-

fles; pero no en nombre de Dios, no en nombre de la patria, no en nombre del rey, en nombre de la redención humana, de la igualdad humana.

Apenas si, á fuerza de dinero y perseverancia, pudo Fernando reunir y equipar trescientos ó cuatrocientos hombres. Con ellos se lanzó á la empresa, imaginando que su ejemplo arrastraría á los demás, que su grito de guerra repercutiría en todos los ámbitos de España.

¡Triste empresa!... ¡Locura ridícula!... A los primeros tiros se dispersó la hueste. El heredero de los Enríquez, el descendiente de héroes, tuvo que escapar á paso de contrabandista, escoltado por dos leales, que, lleno de nieve, de amarguras y de asco, lo dejaron en la frontera.

Cuando retornó á su castillo, luego de abrazar á su madre, sacó de un estuche la espada que ciñó en la aventura. Era un acero toledano con puño de oro, regalo del difunto marqués. En el puño había mandado grabar el viejo esta inscripción: *C. VII. Fernando rompió en dos pedazos la espada, y arrojó los pedazos por el gótico ventanal al foso del castillo. En el fango desaparecieron hoja y empuñadura.*

— Soy un caminante atrasado — dijo, encarándose con su madre. — Debí llegar hace tres siglos. Mis tiempos eran otros. Un muerto soy en los actuales. Para tal muerto, buena sepultura es la torre.

En ella se enterró y por ella y por los riscos á ella inmediatos vagaba solitariamente, como un fantasma de épocas fenecidas.

Imagen rediviva de ellas pareció Fernando á la condesa al presentarse en el salón octógono.



Vestía el marqués traje de pana inglesa compuesto por un corto bombacho y por una blusa tableada. Ceñía la blusa sobre el talle ancho cinturón con tahalí. Por el tahalí descolgaba un cuchillo de monte. Ajustadas botas de cuero le subían hasta cerca del muslo; una boina de terciopelo cubría su cabeza rapada, dando sombra al rostro aguileño, donde relucían dos pupilas azules y doreaba una barba en cuadro.

Pintura escapada á un lienzo del Tizziano, retratador de Carlos V, parecía el marqués; sombra de uno de los Enríquez que pelearon en Pavía y Otumba, salida del sepulcro para conversar con la dama, para acompañarla hasta los umbrales de la torre.

En ellos se inclinó reverente, despidiendo á la condesa Leonor. Gorra en mano lo hizo, apoyando la diestra en el mango del cuchillo montés.

Crujió la puerta en sus goznes de acero y se cerró de golpe.

Diez siglos crujían y se encerrojaban con ella.

## VII

Cuando supo Juanón que María andaba con Manuel en cortejo, juró y perjuró, sacudiendo el aire con los puños y haciendo retemblar el suelo con sus patazas de elefante.

— ¿Con que sí? ¿Con que María aceptaba los requebreros de Manuel, de un casi cuarentón, de un calienta cascós jornaleros, que acabaría malamente, en garrote ó en cuadro, si no le mataba antes la falta de olla y de mendrugo?... ¡Moler con la noticia!... Era pa echarse la escopeta á la cara y coger juntos á los dos y hacer en ellos carambola!... Y ya que no á los dos—al fin la chica era su carne— á él sí. A ella... Buenas varas daban los fresnos pa melecina de amoríos.

— ¿Qué mala hierba había la mocita pisao? ¿Pa eso apilaba Juanón duros y más duros en el fondo de su arca? ¿Pa eso compraba tierras y se hacía con una hijuela? ¿Pa eso ganó la confianza y el acojo de Don Anselmo?

— No; pa eso no fué. Y no sería, ¡claro que no sería!... Pa que la hija heredara duros y tierras y los juntara con los de un mozo de su igual, hizo Juanón